

Empezando por la nuestra

Agustín Monsreal

La Madre, esa figura dadora, sanadora, siempre presente, aparece en este texto del notable cuentista mexicano Agustín Monsreal con toda su potencia contradictoria y entrañable, mítica y cotidiana, a partir de la celebración nacional del Día de las Madres.

No, pues sí, nomás se nos viene encima con su solazo artero y sus calores infernosos el florilegiado mes de mayo y toda nuestra energía universal se convierte en un derritidero de cariñosidades, todo lo que somos en cuerpo, alma y mente se nos vuelve un solo himno resplandeciente y categórico: Madrecita Santa, cabecita de ajo hacedora sublime de mi karma, dueña y señora de mis vidas anteriores y de mi aquí y de mi ahora, gotita de miel de todos mis innúmeros amores, quién como tú, jefecita, a ver, quién para idolatrarnos y comprendernos y brindarnos sin esperar nada a cambio, por puritito amor, mimosidades y arrumacamientos y apapachos al mayoreo, y eso no importa si somos canallas o tarados, agua bendita o camino de calvario, cara limpia o cruz volteada, larguiruchos o chaparrastrosos, güerilindos o prietozapotes, si tenemos papá de planta o borracho y desobligado o sólo un nombre montado como un agravio en el recuerdo; quién es la retierna y la reabnegada que de punta a cabo nos vela las ensoñaciones y las enfermedades y las malpasadas y nunca de los nuncas nos reclama ni nos pasa la cuenta de sus sacrificios; quién, por Dios, quién desde la creación del mundo nos arrulló en sus brazos y nos dio a pedazos uno a uno el corazón entero; quién como tú, viejecita linda, jamásmente nos entelaraña los sentidos con sus falsos encantos, con sus hechicerías, con sus brebajes brujeriles, y tampoco nos cornifica con el mejor amigo ni nos celosea con la comadre o la secretaria o la vecina ni nos actricea esce-

nas a la menor parrandita ni nos exige fidelidad aun después de la muerte ni escrupulosa puntualidad con lo del gasto; quién ni en las malas ni en las peores nos abandona y nos tiene siempre nuestra sopita caliente y nuestra ropa lavada y planchada con almidón y toda la cosa; quién nos explica y nos justifica ante el mundo y nos perdona sin imponer penitencias nuestros muchos descarreos y nuestras tantas infamias y nuestras múltiples faltas y nuestros infinitos pecados; quién como tú, propietaria de mi deuda eterna, la primera y la única y la mejor pase lo que pase y le pese a quien le pese y viva tu vida porque madre sólo hay una por fortuna.

Y por eso y nada más por eso es que la propicia noche del 9 nos arrejuntamos con los camaradas más fraternos y nos lanzamos por ahí a las cantinas que nos ponga enfrente el destino para ingerir unas dos que tres bebidas espirituosas y alebrestarnos los adentros y estar de lo más entrones para glorificarte y reverenciarte y celebrarte, chulita mía, para estar con la gustosidad de todos los ánimos en su mero punto y llevarte tu serenata con mariachi garibaldiano o con trío romantiquero respaldado por quinteto de violines, aunque fíjate que con esto de las devaluaciones y la inflación y los adeudos internos y externos y las privaciones salariales a lo peor no hay dinero en caja y entonces pues solamente arribamos al sacrosanto hogar arremolinados y retumbando harto ruido y te ponemos tus *mañanitas* en el tocadiscos, ya de perdida, y te llegamos con un ramote de flo-



Pablo Picasso, *Desamparados*, 1903

res de este tamaño y una bolsa de chocolates en forma de corazón para que adviertas que cuando se trata de ti nomás no escatimamos presupuesto, porque ya ves que con eso de que es tu día todos los comerciantes, por muy pacto y alianza y solidaridad que a los cuatro vientos se digan, sacan las uñas de su ladronería más que de costumbre, pero ya tú lo miras que su diente encajado en nuestra austeridad forzada no nos importa nadita, qué jijos de su mal dormir nos va a importar, con perdón sea dicho trigüeñita de estos mis ojos que si ven la luz es a ti que lo deben.

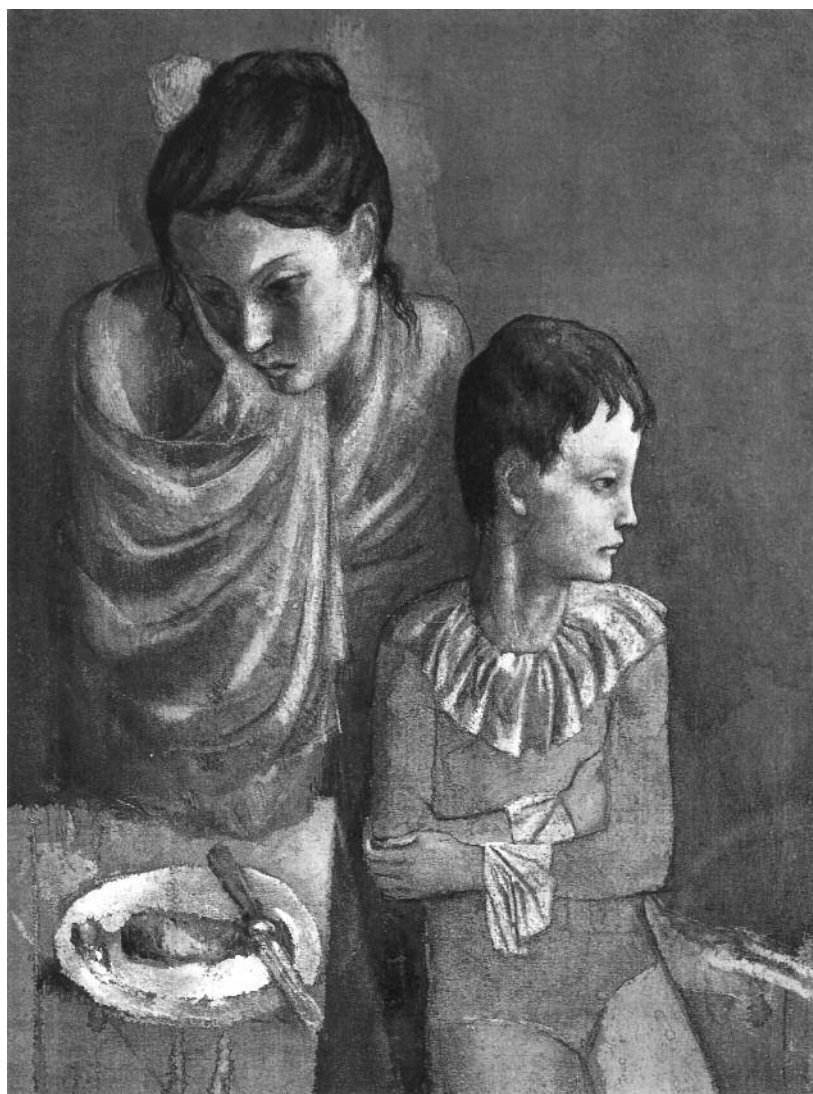
Y para agradecer nuestro gesto heroico esa bondad hecha persona humana que es nuestra madrecita gloriosa se levanta de su camita y se medio acomoda los desgredados cabellos y se echa el chal a la espalda un poco encorvada por las penas del tiempo y con su añosa voz desvelada y una sonrisa de alcance tímido nos dice ay muchachos qué locura, buscando desempantarse del sueño que se le resbala como lagrimones desde sus ojitos nublados y se le desliza por toda su carita tan repleta de antigüedad y no es por nada pero qué reteprensiosa está así, tan aternurada, tan remansito de dulcedumbre, y entonces uno siente algo como un escozor que le desacicala el pecho y se le lanza encima viejita adorada y la abraza fuerte pero fuerte bien fuerte y la levanta en vilo y le da vueltas carcajeándose como loco liberado de la camisa de fuerza y la inocente dice o suspira o jadea suéltame muchacho de porra me vas a romper los huesos, aunque riendo también, riendo mucho y clarito con ésa su risa de pan remojado en leche que a uno le parte en siete el alma y le hace ondear el corazón semejante a una bandera.

Y luego, qué caray, la pobrecita se avergüenza hasta la última de sus arrugas porque sucede que la agarramos desprevenida y no tiene ni un bocado ni un agua de horchata que ofrecernos a uno y a los amigos y entonces los amigos comprensivos y perdonavidos por favor, señora, faltaba más, si no venimos a causar molestias, al contrario, pero ella orgullo de su casa recuerda y ofrece aunque sea una copita de licor de naranja hecho allá en su tierra por alguien de la familia y bueno, pues, ni que fuéramos quiénes para hacerle el desaire, pero nada más una, eh, porque todavía nos falta llevarle su *gallo* a las otras mamases y no es cosa de llegar en estado inconveniente, ¿verdad? Por mi madre compañeros salucita de la buena, y ella repite como campanita como cascabelito como relojito de cucú ay muchachos qué locura, y después de un rato tal parece que amenaza desinflarse el globo de la emoción y alguien arroja la piedra salvadora ya vámonos, ¿no?, se nos va a hacer muy tarde y los demás lo asegundan y ella, el resplandor de nuestra primavera, recomienda cuídense mucho y nos otorga su bendición y se queda lavando los vasos que ensuciamos por más que nosotros le dijimos deje eso para mañana, jefecita. Pero así es ella.

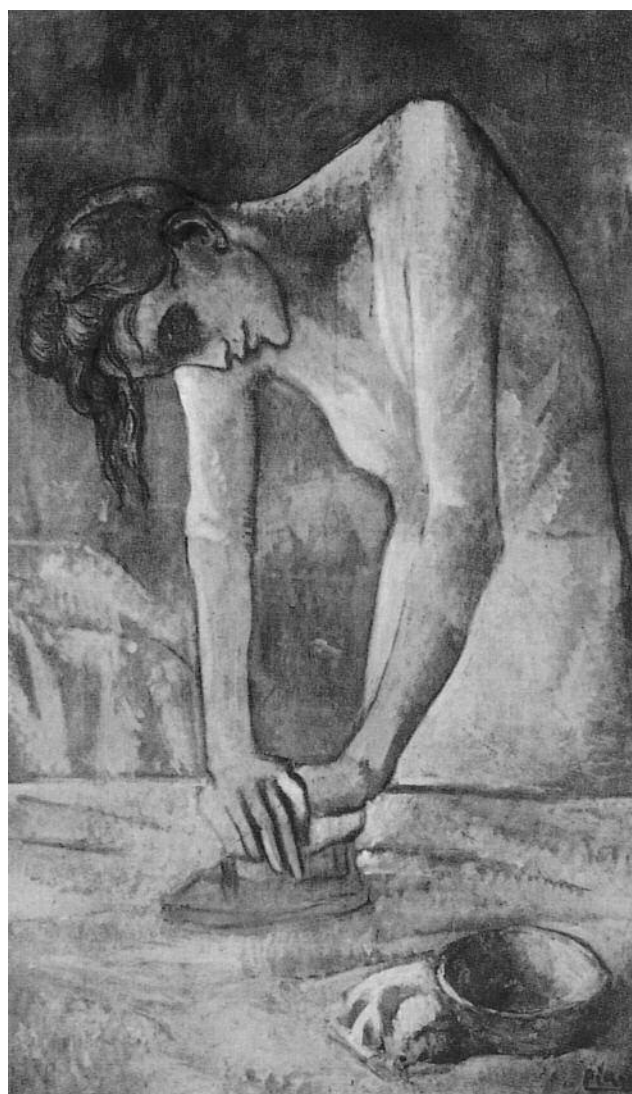
Y cuando regresamos de nuestro periplo serenatero resulta que ya aclaró el día y a pesar de nuestra voluntad venimos arrastrando los grilletes de un cansancio que Dios guarde la hora y no nos queda otro remedio que tumbarnos a roncar un rato mientras nuestra viejita amada sigue dándole a los quehaceres allá en la cocina, su querencia de toda la vida, porque dentro de poco vienen los hermanos y las hermanas y las cuñadas y los cuñados y los montoncitos de nietos para festejar a mamá en su día y por más que uno le sugiere y le aconseja y hasta le ordena ya no se afane tanto, reinita, si usted es la agasajada, ándele, siéntese un rato, descanse, relájese, ella nada que hace caso y sigue acezando y trajinando y de repente irrumpen cual caballos revolucionarios los miembros de la camada y hay tormenta de abrazos y besos y regalitos y cunde la escandaliza y para luego es tarde nos ponemos a brindar por mamá, por la más buena la más cariñosa la más trabajadora la más querida la más digna la más mamá de cuantas mamás existen y han existido sobre la tierra, y ella para corresponder pasen todos a la mesa nos ha preparado un molito poblano de ésos que forjan historia, qué bárbara, tiene sazón de ángel, a ver si aprenden tus hijas y tus nueras, mamá, y mamá modestia y humildad recibe elogios y sirve doubles raciones y para cuando acabamos de atarragarnos ya estamos la mayoría con algunas cervezas y algunos tequilas y algunas cubitas de más y sentimentalones hasta decir basta y entre copa y copa y eructos y viajes a orinar reconocemos lo pérfidos y lo desgraciados y lo miserables que nos comportamos toda la maldita vida con ese trocito generoso de la divinidad que es mamá, con esa ma-

dre justa y perfecta que es mamá, y juramos por la virgencita santa del Tepeyac y por todos los santos del calendario que nos vamos a enmendar y a corregir y a ser unos hijos modelo de gratitud y nobleza de hoy mismo en adelante y en un descuido de la aflicción hasta nos soltamos llorando chillando berreando a lo mero macho del purito sentimiento de culpa y del purito arrepentimiento y en medio de lagrimones y salivazos y mocos reconocemos y confesamos a grito pelado con agua hirviendo que somos peor que la peor porquería de excusado y que ni tantito así merecemos el amor virtuoso y bendito mil veces bendito de nuestra mil veces virtuosa y bendita madrecita, y como empujados por una mano celestial nos arrojam a sus pies y nos abrazamos a su amantísimo regazo y lloriqueamos con tan auténtica sinceridad, con emoción tan honesta, con verdad tan verdadera en nuestro cariño, en nuestro remordimiento, en nuestras promesas de cambio, ahora sí es en serio, jefecita preciosa, se lo juro por esta vida que usted me dio, que de pronto y muy a pesar nuestro le contagiamos el lloradero a la inocente autora de nuestros aciagos días y eso nos hace confeti el corazón y carne molida el alma porque si hay algo que nos rompe como tepalcate de piñata es

mirarle sus ojitos amurallados de agua y verla cómo se achica por el dolor y cómo se contrae como gusanito torturado y no, eso sí que no lo puede aguantar uno y por eso mejor nos largamos de la casa para que no digan los demás que por nuestra culpa, que lo único que sabemos hacer es hacerla sufrir, que de plano nuestra ingratitud no tiene arreglo ni remedio, y pues por eso, para que no digan, para que no culpen, para que disfruten su fiesta sin uno que todo lo echa a perder, sin uno que preferible ni hubiera nacido o hubiera nacido muerto, mejor nos vamos a continuar la tomadera en otra parte y no regresamos sino hasta la madrugada todos rasguñados por el alcohol y la noche y las contricciones y ahí está ella, sentadita en un rincón, medio dormitando en su mecedora, aguardándonos con su lacia inquietud y su abnegación para ayudarnos a desvestir y a derrumbarnos en el lecho y uno apenas si tiene tiempo de volver a sentirse un canalla porque ya el sueño lo maniata, lo dobla, lo vence, y cuando se recuerda ya es de mañana otra vez y hay que salir corriendo para el trabajo y aunque uno no quiera pues tiene que gritarle órale jefa qué pasó con el desayuno, dónde está mi ropa limpia, apúrese jefa qué no ve que se me hace tarde, caray con usted, ya ni la amuela, jefa. **U**



Pablo Picasso, *Madre e hijo*, 1905



Pablo Picasso, *La planchadora*, 1904